

“EL AMOR COMO UN PROCESO DE CONSTRUCCIÓN”. ANALOGÍA ENTRE LA CONSTRUCCIÓN AMOROSA PROUSTIANA DEL AMOR Y LA CONSTITUCIÓN DEL OBJETO EN LA TEORÍA DEL CONOCIMIENTO DE KANT

Silvia Solas

Proust otorga un carácter ficcional al objeto amado, puesto que es una configuración imaginaria del amante. Así, la Albertina que ama Marcel no es la Albertina real, la que otros individuos conocen. La Albertina de verdad es apenas una silueta en la que el amante superpone sus propias imágenes “porque así ocurre en el amor: las aportaciones que proceden de nosotros mismos triunfan (...) sobre las que nos vienen del ser amado”.¹

A partir de esta afirmación, y en la medida en que se advierte el activo papel que juega el amante en la conformación de su objeto, es posible conjeturar una analogía entre la construcción del objeto amado del novelista y la constitución del objeto en la teoría del conocimiento de Kant. Así como Kant sostiene la imposibilidad del conocimiento de lo en sí, de la cosa incondicionada, restringiendo la posibilidad gnoseológica al campo fenoménico, según Proust lo que amamos no es en esencia otro, un en sí, sino lo que nosotros mismos creamos como imagen del otro.

El propósito de este trabajo consiste en confirmar en los textos de *La Recherche* esta hipótesis que se estudia en el marco del proyecto de investigación “La concepción del arte y la concepción del amor en Marcel Proust”; en él también se hacen referencias a las relaciones implícitas y explícitas entre Proust y otros autores, Kant entre ellos. En ninguna de las cuatro veces que Proust cita a Kant en *La Recherche*,² se refiere a una

¹ Marcel Proust, *A la sombra de las muchachas en flor*, p. 493

² 1)»(...) Pero aquel conjunto inmutable y reglamentado [la mesa de la merienda de los Swann] parecía depender, como el universo necesario de Kant, de un acto de libertad.» A la sombra de las muchachas en flor, p. 82. 2) «Las gentes del gran mundo (...) sin cuidarse de imitar a la duquesa, experimentaron, (...) el género de alivio que se siente al leer a Kant cuando, después de la demostración más rigurosa del determinismo, se descubre que por encima del mundo de la necesidad hay el de la libertad.» El mundo de Guermantes, p. 433. 3) «En eso se diferenciaba profundamente la duquesa de su sobrino Saint-Loup, invadido por tantas ideas y expresiones nuevas; es difícil, cuando está uno turbado por las ideas de Kant y la nostalgia de Baudelaire, escribir en el exquisito francés de Enrique IV.» ídem, p.454. 4) «Yo mismo, que sin ninguna jactancia he comentado para mis discípulos, con toda inocencia, la filosofía del llamado Manuel Kant, no veo ninguna indicación precisa para el caso de casuística social frente al cual me veo colocado, en esta crítica de la Razón práctica (...)», La prisionera, p. 247[corresponden a las

relación semejante a la que aquí se establece. De modo que, no obstante la importancia que tiene Kant para Proust - lo que sí se corrobora en los textos -, la analogía que acá se presenta no se manifiesta explícitamente en la obra, sino que se desprende de la concepción proustiana del amor.

Algunos estudiosos de Proust se refieren al tema. Matamoro afirma:

*“Lo deseado no existe. El otro existe, pero recubierto con una película fantástica, esencialmente incognoscible. De modo que tampoco por aquí el amor es una vía de acceso auténtica a los demás. **El amor, como la razón kantiana, se detiene en el umbral del fenómeno, siéndole vedado el camino a las cosas en sí mismas**”.*³

También afirma Maurois:

“Un hombre, (...), se asemeja a quien, usando lentes azules, juzgara el mundo azul. Proust se interesa poco por las ‘realidades’ incognoscibles y se aplica a describir impresiones (...).⁴ Esta es, pues la metafísica de Proust: el mundo exterior existe, pero es incognoscible (...).⁵

Maurois refuerza la actividad del amante como constructor del objeto amado:

*“las elecciones del amor, [están] determinadas por algo que no se encuentra en el objeto escogido, sino en el espíritu del escogedor”.*⁶

El mismo autor sostiene en otra obra:

siguientes citas en la versión de Pléiade, de Clarac y Ferré: 1) I, p. 506; 2) II, p.477; 3) II, p. 503; 4) III, p. 282]

³ Blas Matamoro, Por el camino de Proust, p. 128 (el subrayado es mío)

⁴ André Maurois, En busca de Marcel Proust, p. 153

⁵ Ídem., p. 179

⁶ ídem, p. 183

*“ (...) Construimos un ser imaginario en torno a un rostro o un cuerpo entrevisto; nos enamoramos de ese ser que en cierto modo nosotros hemos segregado; (...)”.*⁷

Otros autores también han aludido a la relación entre Proust y Kant:⁸ Así Picon establece que:

*“En la novela, Proust opera una especie de revolución kantiana: antes el novelista giraba en torno del mundo, ahora el mundo gira en torno del novelista. (...) la realidad, lejos de ser recibida como el modelo de una experiencia está dispuesta como el objeto de una experimentación, (...) sometida a un a priori creador, (...)”.*⁹

En el presente trabajo intentaré, según la analogía descripta y desde la perspectiva de la obra concluida, resaltar aquellos pasajes referidos a la relación amorosa del héroe con Albertina que muestren precisamente cómo la amada se presenta como un “fenómeno” - dándole al término el sentido kantiano - que el sujeto-amante configura o construye;¹⁰ al mismo tiempo es necesario aclarar que este paralelo que se establece entre ambos autores es limitado en la medida en que, como se verá, el proceso de construcción del objeto es, en Proust, más acentuadamente subjetivo e incommunicable. Los pasajes aludidos han sido tomados especialmente de los textos *La Prisionera* y *La Fugitiva*, por cuanto en ellos la relación amorosa que se analiza tiene un mayor desarrollo.

Dada la actividad que se le atribuye al sujeto, el primer rasgo que merece destacarse en este análisis y que caracteriza al amor en la concepción de Proust, es el de la subjetividad: El arte y el amor tienen en Proust cruzamientos en los que podemos advertir

⁷ A. Maurois, *Cinco rostros del amor*, p. 141-42

⁸ Tanto Picon como Albéres trasladan el paralelo que el mismo Kant emplea entre su filosofía y el giro copernicano en relación con el punto del observador, en el Prólogo a la II edición de 1787 de la *Crítica de la Razón Pura*, y proponen una «revolución proustiana» en similitud a la «revolución copernicana» que Kant se atribuía para sí.

⁹ Gatean Picón, «Proust, hoy», en *Estudios sobre Proust*, p. 81-2 En forma semejante R. M. Albéres sostiene: «(...) Hay una ‘revolución proustiana’ del mismo modo que ha habido una ‘revolución kantiana’, (...). El problema planteado por Proust ya no es más el de la realidad (...) sino el de nuestra representación de la realidad». «Proust: novela artística y novela fenomenológica» en *Estudios sobre Proust*, p. 62

¹⁰ Dice Kant en la *Crítica de la Razón Pura*: «la naturaleza subjetiva es precisamente quien determina la forma de ese objeto como fenómeno», p. 189

coincidencias.¹¹ En forma semejante el amante y el artista generan su objeto de atención. Así como Elstir pinta su retrato según el modelo que su subjetividad produce, así el amante va modelando su amor, artísticamente:

*“Somos escultores. Queremos conseguir de una mujer una estatua completamente distinta de la que nos ha presentado”.*¹²

Si el amor tiene una naturaleza subjetiva, entonces la persona sobre la que el amor recae no es lo que determina el estado amoroso. Albertina se ha ido y Marcel reflexiona:

*“Su misma persona no tiene mucho que ver para casi todo el proceso de emociones y angustias que tales azares nos hicieron experimentar antaño con respecto a ella (...) creíamos que nuestra felicidad dependía de su presencia. (...) Nuestro inconsciente era por lo tanto más perspicaz que nosotros mismos en este momento, empequeñeciendo a tal punto la cara de la mujer amada, (...) Proporciones minúsculas de la cara de la mujer, efecto lógico y necesario del modo cómo se desarrolla el amor, clara alegoría de la naturaleza subjetiva de ese amor”.*¹³

Naturaleza subjetiva que se advierte con mayor claridad puesto que el amor, siempre el mismo, reaparece en una mujer o en otra. Se ama, según Proust, un “estilo de mujeres”, pero ese estilo está determinado, no por coincidencias en tales o cuales rasgos de las mujeres amadas, sino por los caracteres que el amante transmite a cada uno de los objetos de su amor (y que tiene su origen en el amor materno):¹⁴

“Un hombre casi siempre tiene la misma manera de resfriarse, de enfermarse, es decir que necesita para ello una

¹¹ Las coincidencias entre el amor y el arte también forman parte de las hipótesis sostenidas en el proyecto de investigación «La concepción del arte y la concepción del amor en Marcel Proust»

¹² M. Proust, La Prisionera, p. 126

¹³ M. Proust, La Fugitiva, p. 22 (el subrayado es mío)

¹⁴ Dice Proust en La Prisionera: «Por menos comparables que fuesen esos dos besos de paz, Albertina (...) me entregaba un viático, me dejaba una reserva de calma casi tan suave como mi madre cuando por la noche en Combray posaba sus labios sobre mi frente» p. 69

cierta concurrencia de circunstancias; es natural que cuando se enamora sea con respecto a cierto estilo de mujeres, (...)”¹⁵

Toda la experiencia que el amante acumula en sus amores pasados no impide que cometa los mismos errores, ya que los actos amorosos están signados por el propio amante:

“Pero lo que se llama experiencia no es más que la revelación para nuestros ojos de un rasgo de nuestro carácter que reaparece naturalmente y con tanto más vigor cuanto que ya lo pusimos a la luz una vez para nosotros mismos, (...) El plagio humano al que les resulta más difícil escapar a los individuos (...) es el plagio de sí mismo”¹⁶

Y porque el amor es subjetivo, resulta imposible conciliar el juicio que el amante tiene de su amada con el que pueden hacer los demás. Roberto de S. Loup, ansioso de conocer a quien tiene a su amigo en tal estado de desesperación por haberlo abandonado, y con la seguridad de que se trata de una mujer extraordinaria, se decepciona frente a la fotografía de Albertina que le muestra Marcel. Éste rememora la propia decepción que sufrió cuando se enteró que la mujer de la que Roberto estaba enamorado era Raquel. Es que el objeto del amor es una configuración del amante:

“Pero sin duda la diferencia entre lo que veíamos uno y otro acerca de una misma persona era tanto más grande. (...) Albertina sólo era - como una piedra alrededor de la cual ha nevado - el centro generador de una construcción inmensa que pasaba por el plano de mi corazón. Roberto, para quien resultaba invisible toda esa estratificación de sensaciones, no captaba más que un residuo (...)”¹⁷

Otro rasgo definitorio del amor es el deseo, lo cual realza una vez más su carácter subjetivo. El amante desea poseer a su amada; pero este deseo aparece como constante e insatisfecho, ya que sólo es posible lograr la satisfacción de dos maneras: colmando el

¹⁵ La Fugitiva, p. 96

¹⁶ ídem, p. 26 (el subrayado es mío)

¹⁷ ídem, p. 28 (el subrayado es mío)

deseo o haciéndolo desaparecer, lo cual en Proust equivale a la misma cosa: el olvido. De modo que el amor sigue vivo mientras el deseo permanezca. La posesión del amado es ilusoria y por ende la felicidad, asociada a la satisfacción del deseo, imposible. La seguridad en el amor es la expresión del fin del amor. Proust no concibe un amor sin sufrimiento, es decir un amor satisfecho:

“Habría que elegir: o dejar de sufrir o dejar de amar (...) [el amor] sólo nace, sólo subsiste si una parte queda por conquistar. No se ama sino lo que no se posee por entero”.¹⁸

En este punto cabe destacar un cierto paralelo entre la imposibilidad del amante de poseer su objeto amoroso, con la que tiene el sujeto kantiano de conocer, más allá del objeto, la cosa en sí.¹⁹ En ambos casos algo permanecerá oculto para el sujeto. En ambos casos también, hay algo que no se conoce o algo que no se ama; sólo se convierte en objeto, en algo relacionado con el sujeto, en la medida en que éste lo configura. En ambos casos el sujeto de conocimiento o de amor es constructor y el objeto es construido. El paralelo se mantiene en este aspecto; más allá la analogía no puede extenderse puesto que en Kant no se trata de sujetos empíricos, mientras que para Proust, como hemos visto en los casos de Roberto y de Marcel, son las conciencias, que se fragmentan en múltiples “yoes”, las que imaginan un amor según sus posibilidades:

“El universo es verdadero para todos y diferente para cada uno (...); pero no es un universo, son millones, casi tantos como pupilas e inteligencias humanas existen, que se despiertan todas las mañanas”.²⁰

No obstante, es el yo que ama el que condiciona la posibilidad de lo amado, del amor y de la experiencia del amor, y este yo actúa sobre la base de una impresión sensible recibida.

No puede señalarse en Proust un mundo amoroso objetivo; sin embargo, todos los amores, en cuanto a su producción, se rigen por las mismas leyes. Esta legalidad le otorga al amor una cierta universalidad. Por otro lado el amor se relaciona con el

¹⁸ M. Proust, La Prisionera, p. 95

¹⁹ "El más perfecto conocimiento de los fenómenos, que es lo único que nos es dado alcanzar, jamás nos proporcionará el conocimiento de los objetos en sí mismos" (Crítica de la Razón Pura, p. 188)

²⁰ La Prisionera, p. 169

conocimiento, en la medida en que para Proust lo que se ama de un ser es todo lo que el amante puede conocer de ese ser. Marcel ama a una Albertina que, en cierta medida, no es la Albertina verdadera, sino la que el amante ha producido. Este producto, la Albertina amada es también la Albertina conocida. De modo que, según Proust amamos, y por eso mismo sólo conocemos, como dijera Kant “lo que la razón produce según su bosquejo”.²¹

El amante configura su amor con lo que sabe, pero más aún con lo que no sabe de su amada. Y en esta construcción, los celos - signos necesarios del proceso amoroso -, cumplen un papel fundamental:

*“(...) mis celos me impedían estar lejos de Albertina, y desde el momento que yo podía salir, dejarla que se paseara sin mí. Sólo lo experimentaba ahora porque el conocimiento no pertenece a las cosas exteriores que uno quiere observar, sino a las sensaciones involuntarias, (...) unidos a los sentidos y a la imaginación que los exalta, los celos mantenían en equilibrio a esa mujer junto a mí, por una atracción compensada tan poderosa como la ley de gravedad”.*²²

Al fin, lo que se ama, no es más que lo que uno imagina:

*“No poseemos una línea, una superficie, o un volumen si no lo ocupa nuestro amor. (...) La imaginación de mis ojos, de mis labios y mis manos, **había construido** tan sólidamente en Balbec y **pulido** tan tiernamente su cuerpo que ahora en el coche, para tocar ese cuerpo y contenerlo, no necesitaba apretarme contra Albertina, ni siquiera verla; (...)”.*²³

Esta afirmación se ve consolidada por el posterior recrudescimiento del amor en el héroe cuando Albertina ha muerto, y cuya exposición ocupa una buena parte de *La Fugitiva*; lo amado es a tal punto un producto del amante que no hace falta su presencia física. Los celos siguen tan vigentes como cuando Albertina vivía; y quizá más, reforzados por la imposibilidad, ahora categórica, de confirmar en forma definitiva las sospechas.

²¹ I. Kant, *Crítica de la Razón Pura*, Prólogo a la II edición de 1987, p. 128

²² M. Proust, *La Prisionera*, p. 147

²³ ídem, p. 155 (el subrayado es mío)

En resumen: Por un lado, se nos describe al amante, no como un ser que es afectado pasivamente por la naturaleza de la amada, sino como un sujeto activo, que conforma con elementos propios la imagen del ser objeto de su amor:

*“Pero lo infinito del amor o de su egoísmo, hace que los seres que amamos sean aquellos cuya fisonomía intelectual y moral es para nosotros lo menos objetivamente definido; los retocamos sin cesar, al albedrío de nuestros deseos y nuestros temores, no los separamos de nosotros, no son más que un lugar vago e inmenso donde se exteriorizan nuestras ternuras”.*²⁴

Por otro lado se nos deja ver que ese ser posee una naturaleza propia que es inalcanzable para el amante:

*“Nos imaginamos que tiene [el amor] por objeto un ser que puede estar acostado delante de nosotros; encerrado dentro de un cuerpo. ¡Ay! Es la extensión de ese ser en todos los puntos del espacio y el tiempo que ese ser ha ocupado y ocupará. Si no poseemos su contacto con tal lugar y tal hora no lo poseemos. Y no podemos tocar todos esos puntos (...)”.*²⁵

Es aquí donde señalamos la analogía con Kant: el objeto es una configuración del sujeto, pero además podemos pensarlo como una existencia. Albertina es, como amada de Marcel, una construcción del amante. Pero además es alguien, que independientemente de esta relación, existe de una manera propia que le es vedado amar, y por lo tanto conocer, al amante.

La imagen que el amante tiene de su amada, como vimos, no coincide con la imagen que puedan hacerse los demás. El amor es esencialmente incomunicable, lo cual constituye una diferencia con la teoría del conocimiento de Kant y al mismo tiempo con la propia concepción del arte de Proust. Y, del mismo modo que el artista se pone de manifiesto con mayor fuerza cuanto menos sujeto esté a los rasgos propios de su modelo, también el amante es más artista cuanto menos coincida la imagen de la amada

²⁴ M. Proust, La Fugitiva, p. 90

²⁵ M. Proust, La Prisionera, p. 89

que él ha creado con la imagen de la persona real en la que deposita su amor, es decir cuanto más ponga en movimiento su imaginación:

“(...) no me hacía ilusiones (...) acerca de lo que pueda pensar todo aquel que no sea el amante. (...). Dejemos a las mujeres hermosas para los hombres sin imaginación”.²⁶

Bibliografía

Proust, M., (1954), *A la recherche du temps perdu*, versión de Clarac y Ferré, Bibliotheque de la Pléiade.

Proust, M., (1995), *En busca del tiempo perdido*, Buenos Aires, Santiago Rueda - editor.

Maurois, A., (1958), *En busca de Marcel Proust*, 1ª. Edición, Buenos Aires, Espasa Calpe.

Maurois, A., (1951), *Cinco rostros del amor*, Buenos Aires, Espasa Calpe.

Gäetan Picón “Proust, hoy”, en *Estudios de Proust*, Buenos Aires, editorial Jorge Alvarez, 1969

Albéres, R.M., “Proust: novela artística y novela fenomenológica”, en *Estudios de Proust*, Op. Cit.

Matamoro, B., (1988), *Por el camino de Proust*, Barcelona, Anthropos.

Kant, M., (1957), *Crítica de la Razón Pura*, Buenos Aires, Losada,

Cassirer, E., (1968), *Kant, vida y doctrina*, México, F.C.E.

Hartnack. J., (1984), *La teoría del conocimiento de Kant*, Madrid, Cátedra.

²⁶ M. Proust, *La Fugitiva*, p. 30